

NO todos los pensadores católicos de estos últimos tiempos han entendido bien el catolicismo.

La mejor manera de demostrarlo sería comparar las enseñanzas de la Iglesia universal, concretadas en los documentos del Concilio, o las opiniones mayoritarias del mismo expresadas en los debates, con las obras de muchos significados pensadores de la Iglesia.

A sólo quince años fecha se han quedado anticuados y superados la mayoría de los libros que sirvieron para formarnos hasta el año 1950, o las figuras que se nos habían propuesto como modelos.

Quizá, uno de los hallazgos más grandes de los últimos años que corrobora nuestra aversión a esa literatura abstracta e irreal es que no sólo se piensa con la cabeza, sino con la acción; y que los mejores intelectuales no son los hombres desentendidos del mundo, sino los que piensan, pero comprometidos en él.

Un franciscano medieval, San Buenaventura, lo dijo hace siete siglos: «No sólo oyendo se hace el hombre sabio, sino por la acción».

Otro día escribiré más detalladamente sobre algo en estrecha relación con esto, o sea, de esos especuladores en el vacío que son muchos teólogos de profesión. Hoy sólo adelantaré que opino que hombres como Von Hügel, Péguy, Chesterton o Teilhard —hombres comprometidos en la vida— nos han acercado mejor a la esencia del catolicismo, que esos pretendidos profesionales de la teología. En el pasado siglo el mejor timbre de gloria del cardenal Newman, para acertar, fue el no considerarse técnico de la ciencia teológica, como confesó una vez.

LO curioso es que esos cristianos —que para nada se propusieron el integrismo o el progresismo que hoy están de actualidad— afirmaron una religión imposible de coexistir con la rigidez de ese integrismo religioso que hoy pretende sin éxito invadir nuestro país. «La Iglesia —decía en 1923 Chesterton— es futurista precisamente en el sano sentido... de estar preparada para orientar problemas completamente diferentes a los de hoy». Lo contrario al inmovilismo de tantos conservadores.

De igual manera, ve en el catolicismo una religión dinámica «que

de lo que se opone a sus enseñanzas esenciales, creemos sinceramente que «nada puede llenar el corazón del hombre» (Concilio Vaticano II). Como dice el padre Víctor White, O. P.: «Las verdades evangélicas satisfacen las más íntimas necesidades psicológicas del hombre».

Yo no puedo, por esta razón, ser nunca un «robot», ni un autó-mata insincero, sino un ser consciente que sabe medirlo todo con su interior, con esa intimidad de «todos los hombres de buena voluntad, en cuyos corazones obra la gracia de un modo invisible». En una frase podemos resumir esta enseñanza fundamental de nuestra religión: «Hacerse católico no quiere decir dejar de pensar, sino aprender a pensar».

Pero, ¿a cuántos se nos ha enseñado esto, o se nos ha educado en ello y no en un objetivismo tan duro, inhumano y cruel como el que Stalin quiso implantar, hoy execrado por los dirigentes soviéticos?...

El católico ha olvidado demasiado que la fe vive dentro de él, y que ella es infalible por sí misma, como enseña Santo Tomás, aunque los conceptos que tengamos sobre la misma puedan fallar.

Es cierto que todo hombre consciente —y el católico ciertamente lo debe ser— acepta y respeta la autoridad, porque sabe que toda comunidad la necesita, y la Iglesia también; pero no puede hacer de ella un mito.

Y la fidelidad insobornable a la propia conciencia será —como dice el Concilio— el único camino, de todo hombre, para llegar a la moralidad objetiva. Y, aunque parezca una paradoja, lo será incluso para librarse de arbitrarios subjetivismos y no podrá serlo, en cambio, la aceptación ciega de unas exigencias morales puramente exteriores y sin correspondencia alguna con nuestra convicción íntima.

EL milagro de los milagros es que lo imperecedero es salvado únicamente a través de lo que perece», dice Péguy. Por eso ha podido afirmar también Chesterton que hasta «la cerveza y el juego de bolos son instituciones cristianas».

Los santos deben ser nuestros modelos, sí; pero no esos santos descarnados y absurdos —que quizá nunca existieron como se nos describen—, y que se nos han puesto de modelos. Sino esos «santos carnales», enraizados en la tierra, mezclados con la vida y los asuntos

LOS NUEVOS CATÓLICOS

siempre tiene ideas en reserva». Porque «el catolicismo es verdaderamente en el siglo XX lo que era en el II: la religión nueva».

Pero, ¿podemos decir que esto sea lo que nos han enseñado muchas veces, o lo que hemos vivido en bastantes ocasiones?

QUEREMOS ser «nuevos» católicos, en el sentido dinámico expresado por Chesterton. Porque la religión tiene una estructura ideológica y práctica mucho más sencilla de lo que hemos creído, y, al mismo tiempo, con una complejidad mucho mayor —aunque parezca paradójico— que los estrechos límites en que se la ha querido inmovilizar de una vez para siempre.

De ahí que se impone la dura tarea de limpiar la broza intelectual, rígidamente adherida a sus enseñanzas, y descubrir las posibilidades de renovación que debe tener su mensaje para cualquier situación humana.

No somos los católicos —contra lo que muchos piensan— unos defensores a ultranza de todo autoritarismo, porque sabemos, por nuestro pensador más tradicional —Santo Tomás—, que «hay que obedecer antes a la conciencia que al superior» (De Veritate). Y creemos, incluso, que en los casos límite —como repitieron San Agustín y Santo Tomás de Aquino y, hoy, el cardenal Journet—: «Si la conciencia prohíbe una determinada actuación, hay que seguir la conciencia, incluso contra el deseo de la Iglesia; incluso si estuviese unido a ella la expulsión de la Iglesia misma, pues la conciencia es la mediadora del mandato divino» (De Veritate).

Nuestro modelo es la valiente Juana de Arco recordando al obispo Cauchon, que la condenó, «el peligro que corría su alma» (H. Belloc), en vez de callarse pasivamente.

No es la imposición exterior la que nosotros aceptamos ciegamente, sino la conciencia de que coincide realmente con nuestro interior. El catolicismo no es ningún exteriorismo dictatorial, porque

temporales, como Tomás Moro, el canciller inglés, o Juan XXIII, el campesino Papa.

El ascetismo católico no puede ser un desprecio de todo lo bueno que el mundo nos ofrece, sino la necesaria disciplina interior y social, para disfrutar eficazmente de lo terreno, puesto al servicio del hombre, y no al de unos pocos privilegiados de la fortuna o de la raza, o de la herencia, como ocurre en nuestro «sofisticado» Occidente cristiano.

Debemos ser tan amantes del amor social entre los hombres —y nunca de la indiferencia que se nos recomendó muchas veces—, que creemos que hasta las cosas inanimadas «llegarían a amarse las unas a las otras, si no tuvieran el corazón de piedra» (Péguy).

Un escritor americano bien famoso, Fulton Oursler, conoció la esencia de lo católico al confesar, cuando se convirtió al catolicismo, que era un hombre cada vez más alegre. ¿Por qué? Porque supo dar sentido, y aceptar complacientemente todas las cosas de la vida, haciéndolas servir a todos, en vez de centrarlas sólo en él mismo. Y de esa manera su conversación le ayudó a comprender esa alegría de la vida como factor central del catolicismo.

Queremos ser de esos católicos que alaba el Papa porque «se han liberado del gregarismo, de la pasividad y del conformismo que vuelven esclavos espiritualmente a tantos hombres de hoy».

EL catolicismo es sencillo y complejo al mismo tiempo: no es nada de esas exageradas exigencias intelectuales que se nos ha impuesto.

Muchos hoy, al ver —en cambio— el triste resultado intelectual de las especulaciones teológicas basadas en la filosofía peripatética, tendríamos que execrarlas, por provenir de ese «miserable Aristóteles», como lo calificó hace 17 siglos el profundo Tertuliano. Ese pensamiento aristotélico fue el vehículo más grave del clericalismo en la Iglesia: el que yo llamo clericalismo teológico. Esa mordaza que

no pretende sólo atenuar nuestra conducta, sino, lo que es más grave, nuestro pensamiento.

Y, sin embargo, el catolicismo «no nos dice sino cosas sencillas, muy sencillas y ordinarias: la encarnación, la salvación, la redención, la palabra de Dios; tres o cuatro misterios, la oración y los siete sacramentos» (Péguy). «Así ocurría en la antigüedad cristiana, que se origina siempre para la recepción del bautismo, saber y creer el Credo y el Padrenuestro» (P. Haering, C. S. S. R.). Como hoy dicen los moralistas católicos (cualquiera puede consultar a uno moderno como Haering, o a uno anticuado como Arregui), que las únicas cosas que hay que creer actualmente con obligación grave son: el Credo, el Padrenuestro y los Sacramentos a recibir. Porque todo lo demás será más o menos importante, pero no exigible —según los teólogos católicos— al hombre corriente, al cristiano que cree. Nuestra ley moral, incluso, que hoy algunos equivocadamente la ponen en el Decálogo, es la ley del amor que nos enseña el Credo con su comunión de los santos, o el Padrenuestro con su amor a los enemigos y su sentido de comunidad.

Entonces me pregunto: ¿por qué hemos hecho doctrinalmente tan difícil el considerar, en alguna manera, como católicos a los protestantes que acepten el Credo en sustancia; o a los orientales que discuten de la procesión del Espíritu Santo, si, por ejemplo, con referencia a esto último «los fieles —se afirma siempre en la moral católica— no están obligados a conocer explícitamente, bajo culpa alguna... la procesión del Espíritu Santo, del Padre y del Hijo?» (J. Montañez, Teología moral).

En el futuro tendremos que revisar estas inconsecuencias, recordando que «el templo de los cuáqueros está dentro de la catedral católica», como dice Chesterton; por la profunda razón de que el verdadero catolicismo debe comprender todas las variedades humanas legítimas que los hombres han vivido, y no debía apegarlas nunca. Por eso, para él, «un calvinista es un católico obsesionado por la idea de la soberanía de Dios», y no un hombre execrable al que sólo haya que combatir; que debería sentirse a gusto en nuestra Iglesia, si la aceptásemos intelectual y prácticamente de manera más universal.

ICOS

ENRIQUE

MIRET

MAGDALENA

DEBIAMOS meditar también ante la realidad socialista en el mundo de hoy, como ha hecho el benedictino Sebastián Moore, confesando que «constituye el primer intento efectivo, después del sistema feudal, de construir una sociedad humana completa, y la facilidad que encontramos en condenar este intento partiendo de principios teológicos, debería ser para nosotros una señal de peligro». En realidad, cuando la preocupación por el orden social humano se pierde en los cristianos es porque la caridad se convierte en una idea, y no se edifica ya en la «buena piedra», como pedía el poeta Ezra Pound. La «usura», según él, es la esencia de nuestro mundo actual, y esa comercialización del dinero y del interés egoísta es lo que impide que nuestra civilización sea cristiana, porque no es humana: «El cantero —dice este poeta— es apartado de su piedra, y el tejedor apartado de su telar». Así de inhumanos somos.

Nuestra teología católica acerca de la Iglesia —aun la más aquilatada— ha sido muy evasiva, porque había olvidado demasiado, según el padre Moore, con la teoría del «cuerpo místico», que «aquello que es eterno se encuentra sólo en el centro de cada situación concreta...; y es a la carne y a la sangre de los hombres a lo que la Iglesia nos invita a aplicar nuestro pensamiento y acción».

El que esto siga es el nuevo católico, el que San Ambrosio descubrió en el siglo IV, ese Santo que —según Ezra Pound— representa entre los cristianos «la transición del afán egocéntrico de la salvación, al sentido social de lo cristiano». Esos «nuevos católicos» que —a través de las vicisitudes del Concilio— describo en el libro que acabo de publicar con ese mismo título.

No somos «nuevos» por afán de novedad, sino por creer en una religión dinámica, como la de los auténticos místicos encarnados en la tierra, con una invencible inquietud por ella; y no en la imagen estática de lo religioso, que algunos católicos —más o menos representativos— pretenden imponernos.

La belleza del cuello
es la base de la
elegancia y feminidad



Crème pour le cou

con extractos dermoactivos naturales

con ella...
juventud para su cuello

LANCASTER

Arrête la marche du temps